



Pecado, por chico que sea, Dios nos libre de él

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [G Drive](#)]

Al pecado San Ignacio le dedica dos grandes meditaciones de la Primera Semana de los Ejercicios, añadiendo además varias repeticiones y resúmenes sobre la misma materia. La intención es que el ejercitante sienta la gravedad del pecado —como dice San Ignacio, “vergüenza y confusión de mí mismo”—, pero que se sienta también perdonado y acogido por el Dios misericordioso.

La consideración del pecado —nuestra bajeza y miseria—, el no dejar de prestar nuestra atención a esta realidad, es para Santa Teresa fuente de una gran iluminación interior:

«Oh, hijas, qué mucho veremos si no queremos ver más que nuestra bajeza y miseria» (Moradas 5, 1, 13).

En tercera persona, como si hablase de otro, Santa Teresa explica que se retiraría siempre del pecado el que fuese consciente de su realidad:

«Yo sé de una persona a quien quiso nuestro Señor mostrar cómo quedaba un alma cuando pecaba mortalmente. Dice aquella persona que le parece, si lo entendiesen, no sería posible ninguno pecar, aunque se pusiese a mayores trabajos que se pueden pensar por huir de las ocasiones» (Moradas 1, 2, 2).

Es necesaria la Luz del Amor de Dios, para distinguir el pecado. Santa Teresa dice que, para conocernos a nosotros mismos, tenemos primero que conocer a Dios:

«Jamás nos acabamos de conocer si no procuramos conocer a Dios», por esto, «mirando su grandeza, acudamos a nuestra bajeza, y mirando su limpieza, veremos nuestra suciedad» (Moradas 1, 2, 9).

Santa Teresa hace referencia al pecado, tanto original como mortal, venial, imperfecciones, etc. Aparece extendido a lo largo de todos sus libros. Es una referencia continua al dolor que sentía por los pecados cometidos, en contraposición al amor que Dios nos muestra. Aunque llega a decir que, en los peores tiempos que vivió alejada de Dios, nunca le ofendió mortalmente.

«En el peligro que andaba... en ninguna manera sufriera andar en pecado mortal sólo un día, si yo lo entendiera» (Vida 6,4).

Muchos piensan que no son pecadores. «Si decimos: no tenemos pecado nos engañamos» (1Jn 1,8). La Santa no caía en este error.



«Nunca oí decir cosa mala de mí que no viese se quedaban cortos, porque, aunque no era en las mismas cosas, tenía ofendido a Dios en otras muchas... Nunca nos culpan sin culpas, que siempre andamos llenas de ellas, pues cae siete veces al día el justo, y sería mentira decir no tenemos pecado» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 15,3-4).

El pecado es sin duda una realidad muy cercana a nosotros, es el mayor obstáculo para ser santos: es lo que se opone a Dios, a la vida de la gracia, a la vocación a la santidad. Y lo meditamos en ejercicios desde el principio para caer en la cuenta.

San Ignacio en la meditación de los pecados (E.E. nº 59) dice: *«considera quién es Dios, contra quien he pecado, según sus atributos, comparándolos con sus contrarios en mí: su sabiduría comparándola con mi ignorancia, su omnipotencia con mi debilidad, su justicia con mi iniquidad, su bondad con mi malicia»*.

Nos propone la Santa lo siguiente:

«Hagamos ahora cuenta que es Dios como una morada o palacio muy grande y hermoso, y que este palacio, como digo, es el mismo Dios. ¿Por ventura puede el pecador, para hacer sus maldades, apartarse de este palacio? No, por cierto, sino que dentro en el mismo palacio, que es el mismo Dios, pasan las abominaciones y deshonestidades y maldades que hacemos los pecadores» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 41,3).

Si meditamos sobre el pecado, es para evitarlo, y no para obsesionarnos con él. Tenemos que tener muy claro que el pecado es algo que tiene arreglo, si no, no merecería la pena ni hablar de ello. Meditar sobre ello es meditar sobre el amor que Dios nos tiene, pero desde nuestros fallos, desde nuestra falta de correspondencia a ese amor que nosotros le debemos a Él.

El amor de Dios a cada uno es un amor que se nos ofrece otra vez, con su perdón, después de que lo hemos rechazado anteriormente. Tenemos que hablar del pecado, hay que hacerlo desde esta perspectiva, desde el amor de Dios, que está dispuesto a perdonar hasta las situaciones más límites y extremas que nos podamos imaginar. Hablar del pecado hoy no está de moda, es un tema que suele molestar a los pecadores, no cae bien. San Pablo VI decía: *«El pecado es un tema antipático, como son las enfermedades y las desgracias en la vida de los hombres, pero es muy importante, porque de él depende nuestro ser de cristianos y el destino final, eterno»*¹.



Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!

¹ s. PABLO VI, Audiencia. 28 de marzo de 1973